

SUMARIO

Ó suficiente contingente armado, ó nada, por D. Manuel Cambón, capitán de Infantería; pág. 33.—Napoleón jefe de ejército: La campaña de Siria, (continuación) por el conde de Yorck Watenburg; traducción de don Luis Trucharte, comandante de Infantería; pág. 37.—Los destacamentos de ametralladoras en el ejército alemán, (continuación), traducido por M.; pág. 41.—La vida militar en Alemania: El mosquetero Horn, novela militar moderna, por M. Arthur Zapp; pág. 43.—Sección bibliográfica: Estudio histórico-militar sobre el Conde de Barcelona Ramón Berenguer III el Grande, por don Joaquín de la Llave y Sierra, primer teniente de Ingenieros; pág. 46.

Pliegos 91 y 92 del tomo III del DICCIONARIO DE CIENCIAS MILITARES, por don Mariano Rubió Bellvé, comandante de Ingenieros.

MANUAL DE FOTOGRAFÍA, por don Juan Luengo, capitán de Ingenieros.—Pliego 4.

O SUFICIENTE CONTINGENTE ARMADO, Ó NADA

Achaque es de los estadistas y economistas españoles al uso reclamar, siempre que de presupuestos se trata, la reducción de los de Guerra y Marina, cuyas cifras quisieran ver disminuidas hasta lo infinito. No falta quien, después de haber pedido en varias ocasiones mucha infantería, mucha caballería, mucha artillería y mucha guardia civil, abogue porque sea España la primera nación en entrar por la baratísima vía del desarme, en la ilusión, sin duda, de que será inmediatamente seguida por otras Potencias europeas, á las cuales se supone abrumadas por los gastos que implica el sostenimiento de poderosos ejércitos.

En las altas regiones en que se ciernen esas inteligencias, tal vez se vea como cosa sencillísima esta transformación de nuestra vieja Europa en una nueva Arcadia, que habría de dejar tamañita la cantada con dulcísimos inimitables arpegios por los poetas de la antigüedad. Pero la turba multa de los que habitamos este mundo sublunar, quizás porque vemos las cosas á través de cristales empañados por el humo de la realidad prosáica, dejamos de abrigar ilusiones tan halagüeñas, y pensamos, como otros antes que nosotros pensaron, que *in medio virtus*.

Y este pensamiento pedestre, si bien nos deja lugar para creer que España no es, ni debe ser una nación militar, al estilo de los grandes imperios del centro de Europa, no nos impide alcanzar que las economías en los presupuestos militares no han de gravitar con pesadez abrumadora sobre el contingente, blanco á donde los novísimos economistas dirigen con preferencia sus tiros.

Que los ejércitos, aun para pelear contra bandas de paisanos, agrupadas en improvisados batallones, no se organizan por ensalmo, debía sa-

berlo de sobra la actual generación española; que así organizados resultan carísimos, cosa es también que no ha habido tiempo de olvidar; que el armamento y ganado, adquirido de prisa y corriendo en el extranjero, bajo la presión de imperiosa é imprescindible necesidad, se paga al alto precio y en condiciones de bondad muy contestables, no es tampoco para echado en olvido. Y sin embargo, este nuestro carácter impresionable y tornadizo parece haber pasado por recientes dolorosas pruebas, sin sacar de ellas la provechosa enseñanza á que con tanta facilidad se prestan. Surge un conflicto; para solventarlo honrosamente necesitamos medios de acción de que se carece casi en absoluto; el sentimiento nacional herido en su fibra más delicada, la de la dignidad, levántase imponente; se pide cañones, barcos, tropas... la luna; pero, trascurridas cuarenta y ocho horas, nadie se acuerda ya de lo pasado; la diplomacia emprende su interminable cambio de notas, memorandums, etc., y nos quedamos tan tranquilos, hasta que un nuevo acontecimiento venga á sacarnos del sempiterno abandono en que vivimos, más que adormecidos, aletargados.

Y no es que en esta tierra, clásica de los adagios y refranes, no sepamos de sobra que *todo lo barato resulta caro*; nos hemos encariñado con la idea de castigar el presupuesto del ejército y de la armada, y ante tal idea nuestra versatilidad desaparece: somos más tenaces que los flemáticos teutones. Lo bueno es que el ejército pudiera no tener de tal más que el nombre, y casi menos que esto la marina; pero economizamos unos cuantos millones, y algo es algo.

La infantería ve reducido á cifras microscópicas el efectivo de sus regimientos; no importa, en caso de guerra sobrarán soldados. La caballería tiene sus cuerpos convertidos en pelotones de instrucción, sin que le sea dable crear jinetes ni sostener caballos; no importa, si hubiese necesidad brotarían por todas partes escuadrones tan valerosos como los formados por los vaqueros andaluces en Bailén. La artillería carece de piezas y artilleros hábiles para manejarlas; no importa, de los troncos de encina haríamos cañones, como en Puente San Payo, y las mismas mujeres serían excelentes artilleros, como María Pita y Agustina Zaragoza. Nuestros generales, sin la práctica de las grandes masas, no acertarían á llevarnos á la victoria; no importa, resucitaríamos nuestros legendarios guerrilleros, y la victoria sería esclava de nuestras armas. Lo que aquí necesitamos son economías.

Con tal sistema, implacablemente seguido, el jefe, cansado de excogitar el mejor medio de dar á su tropa la instrucción necesaria, acaba por sucumbir ante las exigencias del servicio de plaza, que no le permite disponer de sus soldados y anula sus facultades de mando; el oficial, sugeto á las prácticas rutinarias del cuartel, ve languidecer su espíritu militar; las clases de tropa, absorbidas por las cotidianas atenciones del servicio, no disponen del tiempo necesario para iniciarse en el mando y

acostumbrarse á él; el soldado aprende mal que bien el manejo del arma, los movimientos tácticos necesarios para presentarse en formación, y deteriora el vestuario y se quiebra los huesos en los camastros de las guardias.

Batallones maniobreros, prácticos en los medios de plegarse y desplegar, avezados á los ejercicios de combate, precedidos por secciones de hábiles tiradores, acostumbrados á la práctica del servicio de campaña, prontos en construir trincheras y resguardarse en ellas de la eficacia y alcance de los fusiles modernos, eso no coge dentro del presupuesto. Escuadrones verdad, peritos en el servicio de exploración, con ganado acostumbrado á marchas de resistencia y personal ducho en la destrucción y habilitación rapidísima de vías férreas y telegráficas, con clases de tropa instruidas en la lectura de planos y levantamiento de croquis, resultan muy caros y no se adaptan á los límites del presupuesto. Regimientos de artillería con ganado suficiente para el arrastre de las piezas con que, en caso necesario, habrá de aumentarse la dotación de las baterías, y tropa instruida en el servicio de las bocas de fuego, no tan sencillo que permita improvisar de cualquier pelotón de reclutas el indispensable número de sirvientes, es también un lujo incompatible con las estrecheces del presupuesto. Y nada decimos de las tropas de ingenieros, porque al más lerdo se le alcanza que no basta vestir con el uniforme del cuerpo á cualquier campesino para metamorfosearlo en mediano zapador, y mucho menos en telegrafista, pontonero, maquinista de ferrocarril ó aeronauta. Más económico, muchísimo más, resultaría no tener ejército, porque, amén de no costar nada, no se privaría á la agricultura y á la industria de los brazos que una y otra necesitan para nutrir la emigración, que deja desiertos nuestros ya poco poblados campos, y abandonados nuestros no muy concurridos talleres.

Las grandes asambleas anuales, trasunto lo más fiel posible de lo que es la guerra; esas agrupaciones de tropas, congregadas para la solución práctica de problemas tácticos y estratégicos, en que el general ejercita sus talentos en la dirección de las masas con que ha de operar en la guerra; en que el jefe y el oficial se acostumbran al mando que les incumbe desempeñar cuando las unidades tácticas y de combate adquieren el desarrollo previsto en los reglamentos; en que el soldado, con la práctica de luchas incruentas, se aveza á la fatiga y al servicio que exigen las cruentas operaciones de la guerra real, en que jefes, oficiales y tropa contrastan en la piedra de toque de una práctica utilísima las teorías aprendidas en la cátedra ó en el cuartel, esas asambleas, decimos, no caben en los moldes de nuestro presupuesto. En cambio, y obedeciendo á la absurda costumbre introducida en nuestro país por las asonadas y revueltas que parece han sido el pan nuestro de cada día, empleamos en el servicio de plaza diario 8.000 hombres próximamente, para que se

aburran en el forzado ocio de la interminable guardia, y para dar lugar á que el viajero que, no como militar sino como simple *touriste*, recorre nuestro país, se vaya admirado de la prodigalidad que en tal servicio desplegamos (1).

Parécenos que con lo dicho hay suficiente para demostrar que la excesiva reducción del contingente armado, lejos de ser económica, resulta cara en demasía, pues que el ejército, así mermado en sus efectivos, no cumple su verdadera misión del tiempo de paz: ser la escuela de guerra del país. Y como éste no puede, sin desdoro de su dignidad, sin menoscabo tal vez de su integridad, dejar de estar preparado para la guerra, dicho se está que, si se reduce en exceso el contingente, el Estado invierte en el sostenimiento del ejército un dinero que ha de reportarle poquísima utilidad, si le reporta alguna. No pretendemos que el país mantenga un ejército superior á sus recursos; ya hemos dicho que España no es, ni debe ser una Nación militar al estilo de los imperios del centro de Europa. Desde esto, á que las economías en el presupuesto de guerra recaigan casi íntegras sobre el contingente, hay una distancia inmensa. Economícese, en buen hora, pues que así lo exige el estado del tesoro público; pero estúdiense mucho las economías, para que no resulten contraproducentes.

Además, en la distribución de gastos ha de atenderse á la condición que en sí lleven de improductivos ó reproductivos; los primeros deben en absoluto desecharse, pero no conviene escatimar demasiado los segundos. El presupuesto de Fomento, por ejemplo, invierte unos cuantos millones en la construcción ó subvención de canales de riego; este gasto pudiera, á simple vista, parecer improductivo para el Estado, porque la utilidad inmediata del canal repórtanla los agricultores de la comarca beneficiada; es, no obstante, un gasto reproductivo, pues las tierras que antes tributaban como de secano, tributan después como de riego, indemnizando con la mayor cuota de tributación los capitales invertidos en mejorarlas.

Indirectamente reproductivo para el Estado es también, aun en tiempo de paz, el capital invertido en sostener el contingente del ejército, pues que mejora la juventud nacional, acostumbrándola, en su paso por las filas, al trabajo metódico, que desarrolla sus fuerzas corporales y le

(1) Je l'ai fait plusieurs fois remarquer; le service de place absorbe en Espagne un personnel d'officiers et de soldats qui dépasse de beaucoup celui en usage dans les grandes armées européennes. Joint á la faiblesse des effectifs de nos voisins, ce fait doit les empêcher de donner le temps et l'attention indispensables á l'instruction des troupes. D'ailleurs on s'explique mal le motif qui fait placer un capitaine á la tête d'un poste dont la force numérique est de beaucoup au-dessous de son commandement habituel. Partout ailleurs qu'en Espagne un sous-officier suffit habituellement á cette tâche.

imbuye hábitos de laboriosidad; haciéndola respetuosa ante el principio de autoridad, sin lo cual no es posible tener buenos ciudadanos; dando, á los que de ella carecen, la instrucción elemental, base de ulteriores desarrollos que hacen al hombre más útil á sí mismo y á la sociedad; inculcando en su ánimo hábitos de honradez y horror al crimen, medio efficacísimo de reducir nuestra no escasa población penal; abriendo su inteligencia á las nociones de honor y patria, para que, en las contingencias de ultraje á aquél ó agresión á ésta, esté pronta en acudir á su defensa.

Cesen, por tanto, las declamaciones contra el presupuesto del contingente armado, y convéznase el país de que no hay escape entre los términos de este dilema: el ejército, ó tenerlo bueno, ó no tenerlo.

MANUEL CAMBÓN

Capitán de Infantería.

NAPOLEÓN JEFE DE EJÉRCITO

LA CAMPAÑA DE SIRIA

(Continuación)

Evidentemente nosotros no podremos jamás realizar todo lo que podamos imaginar, porque nuestros medios, finitos como todo lo humano, estarán siempre en contradicción con lo infinito del objeto que nos proponemos. Pero un general, que en un momento dado no quiere excederse, se expone á quedar más atrás de lo que puede alcanzar, á obtener resultados inferiores á los que hubiera podido pretender. Para responder á nuestro ideal, no debe estar nunca satisfecho de sí mismo; después de cada éxito, debe rápidamente concentrar su atención en un nuevo objetivo: «El general no tiene más que una línea de conducta; el que á la vez sea general y príncipe tiene dos: su acción militar está siempre subordinada á la práctica.» (Müffling, Campañas del ejército de Siberia, pág. 52). Sin embargo, para producir un resultado máximo es preciso singularizarse infinitamente, por cuya razón el ideal del general es incompatible con el del soberano; porque la política impone límites á un general que al mismo tiempo es soberano, y no podrá ser gran soberano sino con la condición de saber limitarse. Pero precisamente porque se limitará de buen grado y no se esforzará en obtener un máximo de éxitos militares, no podrá pretender pasar por el modelo más perfecto del general en jefe. Un historiador perspicaz biógrafo, dijo de Carlomagno: «Era un príncipe guerrero, como hay pocos, pero en esto no puede compararsele á ninguno de los héroes principales de los tiempos pasados y venideros, porque no era codicioso de victorias personales y aún envidiaba menos la gloria de sus lugartenientes. Para él la lucha no era más que el medio de

lograr su objeto. El mismo en muchas ocasiones, como jefe de ejército y príncipe, obtuvo victorias decisivas, pero también mandaba dirigir muchas campañas por otros, porque conocía que su papel era más elevado. No sólo demostró esta virtud suprema del soberano después de haber pasado de la edad madura, sino también en su juventud.» (Freytag, Recuerdos de la Edad media, pág. 321). Si Napoleón hubiese obrado de este modo, hubiera muerto en el trono, después de haber sido uno de los más famosos fundadores de Estados y de dinastías; pero tampoco hubiera entrado triunfalmente en Viena, Berlín, Madrid y Moscou, y la historia militar se hubiera visto privada de su tipo más ilustre.

El 17 de Mayo, Napoleón dirigió por tanto al ejército una proclama, en la que anunciaba que iba á regresar á Egipto y se ingeniaba todo lo posible para disimular el fracaso que había sufrido. Adoptó inmediatamente las disposiciones para la retirada; todos los aprovisionamientos fueron destruidos; las piezas de artillería, que no podía llevar consigo, fueron inutilizadas ó arrojadas al mar. El 18 y el 19 se dió la orden para marchar delante los heridos, los enfermos, los enclenques, mientras se continuaba cañoneando la plaza con la mayor violencia. Por último, el 20, á las 9 de la noche, el ejército en masa comenzó su retirada. Lannes iba á vanguardia, seguido por Bon y Reynier, mientras Kléber tomó desde luego posiciones para proteger la retirada, é incorporado después, formaba la retaguardia. El ejército se retiró en esta forma por Tantura y Cesárea, á costa de las mayores fatigas y de largas jornadas, sin ser alcanzado por el enemigo, lo que hubiera sido por otra parte difícil á este último, á causa de la completa devastación del país por los franceses.

El 24 llegaron á Jaffa, donde se concedió al ejército, que estaba muy cansado, algunos días de descanso, aprovechándose además estos días para volar las fortificaciones de esta plaza y destruir sus medios de defensa. El 28 se volvió á emprender la marcha hacia Egipto. Napoleón dejó en El Arich una pequeña guarnición y al llegar á Katieh, que dejó también guarnecida, destacó á Kléber á Damieta, y él, con las otras tres divisiones tomó la dirección de El Kairo, donde entró con gran pompa el 14 de Junio, es decir, 26 días después de su salida de Acre. La distancia recorrida por el ejército en este tiempo fué de 575 kilómetros en línea recta. Esta serie de marchas sería considerada como un esfuerzo notable si se hubiesen hecho en un teatro de guerra europeo. Pero en tales circunstancias, después de un sitio de los más penosos, con semejante clima, sin buenos caminos, en aquel desierto, en medio de la escasez de agua y víveres y con enfermedades por añadidura, esta retirada nos parece completamente asombrosa.

De regreso en El Kairo, Napoleón se ocupó nuevamente en restablecer el orden en el país y en su ejército, y pensó sobre todo en los medios de aumentar sus efectivos. Las pérdidas por todos conceptos ascendieron

á la cifra de 5.344 hombres y este número, aunque poco elevado, en razón de las circunstancias, puede ser admitido como exacto, porque él lo dió al Directorio en un pedido de refuerzos que le dirigió, y por tanto no tenía razón alguna para ocultar una parte de sus pérdidas. Además, procuraba también pintar todo lo posible su situación de color de rosa. Por el pronto escribió á Desaix: «Ciudadano General: yo desearía comprar 2 ó 3.000 negros, de más de 16 años, para poner 100 de ellos en cada batallón». (El Kairo, 22 de Junio). Preciso es confesar que esto es una prueba de que había vacíos sensibles; puede, pues, admitirse que hay que añadir á la cifra de las pérdidas más elevada un gran número de heridos y enfermos, con la curación de los cuales contaba Napoleón, y que por esta razón no deduce del efectivo disponible. Para el año siguiente Napoleón supone que perderá todavía 6.000 hombres, y como en efectivo debían quedarle 15.000 según la cifra que dió, resultaba por tanto tener en la actualidad 21.000 hombres. Sin embargo, probablemente con intención de que le sirviese de argumento para pedir refuerzos, acusaba una cifra tan baja. Si deducimos del efectivo inicial de 30.000 hombres la cifra de las pérdidas, ó sean 5.000 hombres, le quedarían 25.000 disponibles, y por consiguiente 4.000 más que los que resultan del cálculo que acabamos de hacer.

Admitiendo que la mitad de estos 4.000 no estuviesen momentáneamente disponible por causa de heridas ó enfermedades, quedaría á Napoleón en Junio de 1799 un ejército de 23.000 hombres. Esta situación relativamente favorable se explica únicamente, si se admite que en los combates no hubiese sufrido sino pérdidas mínimas.

El plan de Napoleón de incorporar 3.000 negros demuestra además con mucha claridad que, hallándose bajo el completo dominio de su genio, se cuidaba poco de la composición de su ejército. Contaba con masas; el número es el que en la guerra reclama sus derechos, y precisamente la estrategia de Napoleón fué la que introdujo el valor del número como factor decisivo en el sistema de guerra moderno, porque la época de Federico no lo había conocido todavía. Este nuevo elemento de la dirección de la guerra y su importancia decisiva apenas estaban reconocidos, ni tampoco habían sido aplicados; así es que en 1805, lo mismo que en 1807 Napoleón hizo la guerra á dos grandes potencias militares con una superioridad numérica considerable. Entre los autores, que desde aquella época proclamaron el principio del empleo de la masa, debemos citar uno de los más autorizados: el ingeniero Bülow: «La superioridad del número mayor sobre el menor resulta ya, en el nuevo sistema de guerra, de la necesidad de no dejarse desbordar y de la ventaja que se obtiene de la superioridad numérica: el de poder por sí mismo desbordar un ala del adversario. Si se tiene más gente que el enemigo y se sabe hacer un empleo conveniente de la superioridad numérica, la destreza y el arrojo

de los soldados del adversario no les servirán para nada (Espíritu del sistema de guerra moderno, pág.^a 209).

Napoleón había vuelto á encontrar el Egipto casi tranquilo. Dugua se había dedicado á mantener el orden y sofocar algunas tentativas de alzamiento. Por este tiempo Desaix recorría el alto Egipto; había llegado el 1.^o de Febrero cerca de Assuan, á las cataratas del Nilo, retrocediendo ante él Mourad-Bey á Etiopía. Este último se internó entonces en el desierto; numerosas incursiones de Árabes venían á asaltar las dos orillas del Nilo, obligando así á las tropas de Desaix á hacer marchas y contramarchas continuas. A principios de Julio, Mourad trató hasta de llegar á El Kairo, pasando por la provincia de Fajun; pero avisado Napoleón por Desaix de este intento, envió á Murat al encuentro de Mourad, que se retiró al desierto, pero no tardó en hacer un amago sobre Gizeh. Murat le persiguió, mientras Napoleón el 14 de Julio envió á su encuentro un pequeño destacamento hacia las Pirámides para despejar la situación y quiso incorporarse á dicha fuerza; pero recibió de Marmont la noticia de que el 11 por la mañana una escuadra turca, que al parecer llevaba á bordo tropas de desembarco, estaba á la vista en la rada de Abukir.

Desde entonces resolvió evacuar todo el alto Egipto y mandar regresar á Desaix á El Kairo; entre tanto él mismo iría al encuentro de las tropas de desembarco, tan pronto como se persuadiese de que la escuadra quería realmente efectuar un desembarco en toda regla. Por el pronto Desaix recibió orden de acercarse á Beni-Suef, y Napoleón se dirigió seguidamente á las Pirámides de Gizeh el 15 por la mañana. Mourad se había ya declarado en retirada y todavía se cambiaron algunos tiros con sus exploradores. Pero llegaron nuevos informes de Marmont, comunicando que la escuadra enemiga había sido reforzada con unos 20 navios, é insistiendo en la inminencia de un desembarco. Napoleón, con la rapidez en la decisión, que le era propia, concibió inmediatamente el plan de lanzarse sobre el ejército de desembarco y lo puso en práctica sin pérdida de tiempo. Encomendó el mando de El-Kairo á Dugua y ordenó á Kléber marchar sobre Roseta, y á Desaix venir á El Kairo. Lannes y Rampon (este último había reemplazado á Bon, que murió á consecuencia de las heridas recibidas en Siria) emprendieron la marcha el 16 á la 1 de la madrugada para Ramanieh, y Murat se encargó de la vanguardia con la fracción, que se le había incorporado en Gizeh, contra Mourad. Napoleón se puso, pues, en camino para el bajo Egipto, con un efectivo total de 6.000 hombres.

Entre tanto, el ejército turco, fuerte de 12.000 hombres, había efectuado su desembarco en Abukir, y después de haberse apoderado el 15 de esta plaza, se atrincheró en la península. Marmont, que inmediatamente había emprendido la marcha el 15 por la mañana con la guarnición de Alejandría (1.200 hombres) para oponerse al desembarco, dió media vuel-

ta al saber que éste se había ya verificado, y resolvió sostenerse en Alejandria hasta la llegada de Napoleón. Este llegó el 19 á Ramanieh, donde permaneció hasta el 22 para reconcentrar allí su ejército.

Véase lo que opinaba de la situación, según lo que manifiesta en una carta á Kléber: «Parece que el enemigo decididamente ha desembarcado en Abukir y en este momento es dueño del reducto». (Ramanieh, 20 de Julio).

(Continuará)

CONDE DE YORCK WATENBURG

Traducción de L. TRUCHARTE



LOS DESTACAMENTOS DE AMETRALLADORAS

EN EL EJÉRCITO ALEMÁN

(Traducido de la *Revue militaire*)

(Continuación)

Hemos dado á conocer en qué estriba, de una manera exacta, la potencia de la ametralladora: muy inferior, á todas las distancias, á la del cañón, solo es utilizable, salvo excepciones, á partir de las distancias mediánas. Lo mismo ha de entenderse respecto de su movilidad. El destacamento ofrece un blanco muy vulnerable mientras las piezas permanecen en sus cureñas; el desfile sucesivo se impondrá de un modo absoluto desde que se penetre en la zona eficaz del tiro de la artillería enemiga; en la mayor parte de los casos, ese desfile metódico exigirá la descabalgadura de las piezas y su transporte á brazo hasta la posición de tiro. La gran movilidad de las ametralladoras, á partir de las distancias próximas á 3.000 metros, resultará, pues, á menudo inferior á la de la infantería.

El reducido volumen de la ametralladora separada de su cureña permitiría á veces, en cambio, ganar, sin que se entere el enemigo, un punto que proporcione vistas ventajosas ó que permita coger de enfilada ó de revés una parte de la posición enemiga.

En lo que concierne á la conducta del fuego, el reglamento prescribe que, en principio, se haga obrar el destacamento entero, aun contra un objetivo poco extenso, mejor que una ó dos secciones; el consumo total de municiones es el mismo, pero el resultado es más rápido y de obtención más segura.

Con el fin de evitar el esparcimiento del tiro, se prohíbe el empleo de la pieza aislada; el de la sección sólo se justifica en casos excepcionales y las dos piezas que la forman se apuntan siempre al mismo punto.

Los cambios de objetivo no se efectúan más que cuando se ha obtenido el resultado buscado, por reducir la eficacia del tiro los cambios frecuentes; por la misma razón, son de evitar los movimientos de avance

desde que se llega á las distancias en que el arma adquiere todo su rendimiento, ó sea entre 1.000 y 800 metros.

¿Qué papel se proponen los alemanes que desempeñe á esta arma, de la cual se conocen todas las aptitudes?

Según el *Militar Zeitung*, parece que el alto mando no se ha fijado aun en este punto. «Las ideas son claras, se lee en el número del 12 de Julio último, acerca del material de artillería de tiro rápido. No puede decirse lo mismo tratándose de las ametralladoras. De ellas se ha tratado y construido mucho; se han usado en la marina, en China, etc...; pero no se trata todavía de fijar si conviene tener afectos los destacamentos á la infantería, á la caballería ó á la artillería, como lo estaban las baterías de ametralladoras francesas en 1870».

A pesar de estas críticas, que al fin van dirigidas á la organización y á la instrucción más bien que al empleo táctico, los principios oficialmente admitidos en Alemania parecen á un tiempo precisos y justos. No pudiendo las ametralladoras proporcionar otro fuego que el de fusilería, están obligadas á combatir como la infantería; con más exactitud: en condiciones de terreno y de distancia análogas. Agregados, pues, á las unidades de infantería será como los destacamentos de ametralladoras se hallarán en las mejores condiciones para su instrucción.

Su individualidad se ha afirmado dotándolos de un uniforme especial. El reglamento es, por otra parte, muy explícito en lo que concierne á su empleo. «Las ametralladoras, dice, deben permanecer á la disposición del comandante en jefe; su agregación á una tropa determinada impide generalmente que se utilicen todas sus aptitudes».

Partiendo de ese principio, el reglamento desarrolla los distintos casos en que pueden utilizarse las ametralladoras, dejando al comandante el cuidado de determinar, en cada caso particular, en qué medida deben emplearse. He aquí resumidas sus prescripciones:

En la vanguardia, encargada de asegurar la entrada en acción del núcleo de las fuerzas, puede ser necesario ocupar rápidamente puntos de apoyo que la infantería no podría alcanzar en tiempo oportuno. La movilidad y la potencia de fuego de las ametralladoras permitirán entonces la evacuación rápida ó la defensa enérgica de esos puntos. La presencia de ametralladoras en la vanguardia, aun en la de caballería, será, pues, á menudo justificada.

Las ametralladoras pueden también servir para cubrir momentáneamente, al iniciarse el combate, el ala exterior de una línea extensa de artillería.

En esos diferentes casos, las ametralladoras se relevan todo lo antes posible por la infantería y se retiran del fuego, para estar de nuevo disponibles en manos del mando, prestas á operar en una nueva dirección.

Si el adversario se halla establecido de antemano en posición, los des-

tacamentos de ametralladoras se mantienen desde luego retirados, formando así una reserva de fuegos muy movable que el mando emplea, en el momento oportuno, sobre aquellos puntos en que es necesario acentuar rápidamente la potencia del fuego. En la preparación de un ataque, contribuyen á asegurar la superioridad del fuego permitiendo desarrollar, sobre un frente dado, un fuego más potente que el de la defensa. Coronada la posición de ataque, su movilidad permite hacerlos llegar con rapidez á la misma, para sostener en ella la infantería.

M.

(Concluirá)

LA VIDA MILITAR EN ALEMANIA

EL MOSQUETERO HORN

NOVELA MILITAR MODERNA

por M. ARTHUR ZAPP

CAPÍTULO PRIMERO

La llegada de los reclutas

Una larga pitada indica que la estación está próxima.

El tren, que atraviesa á todo vapor las ciudades, los bosques y los campos, acorta poco á poco su velocidad. En los compartimentos cesa el ruido de las carcajadas, de los cánticos y de las conversaciones animadas de los jóvenes: parece que los corazones de éstos, que hace un momento latían con tanto calor y tan alegremente, han sido atacados á un tiempo de parálisis. Más de una frente pálida se contrae, y muchos rostros frescos y alegres se entristecen; las respiraciones se hacen más lentas y más penosas, y son muchos los pechos que respiran con ansiedad y que dejan escapar un ligero suspiro.

Los ojos de los curiosos asomados á las ventanas ó portezuelas, distinguen ya los edificios de la estación. El tren entra en el andén sombrío. ¿Pero qué? Los ecos estrepitosos de los instrumentos, hieren agradablemente los oídos de los jóvenes. Una música militar colocada en el andén, saluda con una marcha de las más entusiastas á los reclutas que llegan de Berlín.

Al punto desaparece la tristeza de los semblantes y todos se yerguen cuanto les es posible. En presencia de lo nuevo, de lo desconocido, el abatimiento y el temor que oprimía el corazón de los conscriptos, cede su puesto á la arrogancia y á la satisfacción.

Se detiene el tren y se abren las portezuelas: los jóvenes saltan al andén con ligereza llevando en la mano, quién una maleta, quién unas alforjas de cuero.

Los reclutas se reúnen detrás de los edificios de la estación; la música del regimiento se coloca á su cabeza, y el comandante da la voz de: *¡Equipajes en mano, marchen!* La larga fila de los conscriptos se pone en movimiento y atraviesa las calles de la capital de la provincia. Al escuchar los ecos marciales de la música y el cadencioso ruido de muchos centenares de pasos dados con energía sobre el pavimento, las mujeres y los chicos se precipitan á las puertas y á las ventanas. Los conscriptos avanzan con marcialidad, y, aunque todavía visten sus modestos trajes de paisano, se sienten ya soldados.

Sin embargo, al acercarse al cuartel situado detrás de la ciudad, los ojos, radiantes de júbilo un momento antes, empiezan á anublarse; las cabezas, arrogantemente levantadas, se empiezan á inclinar; la marcha se hace vacilante, y en la columna se forman ondulaciones. Más de un conscripto, cuyo corazón late febrilmente, respira con dificultad al preguntarse: *¿Qué me reserva el porvenir? ¿Qué será de mí entre los soldados?*

Los dos grandes edificios, desnudos y austeros, separados por una gran plaza de armas, tienen casi el aspecto de una prisión.

—*¡Alto!*

Los reclutas se detienen y dejan en el suelo las maletas y los demás paquetes. Oficiales y suboficiales los esperan formados en círculo. Sus miradas, unas benévolas y animosas y otras más bien severas y burlo-nas, hacen, involuntariamente, estremecer á los conscriptos.

El ayudante mayor del regimiento, acompañado de los ayudantes mayores de batallón, pasa por delante de las filas y distribuye los hombres entre los batallones y las compañías. Cada compañía de los dos batallones del regimiento n.º 176 de infantería de guarnición en la ciudad, recibe 65 reclutas. Los capitanes se acercan luego á su vez para echar una ojeada sobre los hombres que les han adjudicado. A cada comandante de compañía le sigue su *Feldwebel* (sargento mayor), como la sombra al cuerpo.

Los reclutas de la 3.ª compañía son recibidos por un teniente. Este les ordena que se quiten los sombreros, los hace formar por estatura, y los divide en cinco escuadras. En sus palabras y en su manera de ser se revelan la benevolencia, la bondad y el deseo de animarlos. Los jóvenes reclutas respiran y se felicitan á sí mismos de la buena distribución hecha.

Los encargados de escuadra dicen al punto y á media voz á sus reclutas: Es el *Herr Oberleutnant* (el señor teniente) von Bünau y manda la compañía en ausencia del *Herr Hauptmann* (señor capitán) que está en uso de licencia.

El jefe de la primera escuadra inspecciona con traza de satisfecho los doce hombres que le han sido adjudicados: es un sargento que pasa ya de los treinta, alto, delgado y nervioso: su actitud está saturada de una rigi-

dez enteramente militar; su ademán es duro y enérgico; pero sus ojos azules parece que sueñan.

La mayor parte de sus conscriptos va notoriamente bien vestida: dos de entre ellos, que lo miran con ansiedad, revelan buena educación y mucha inteligencia. El sargento Thielke sonríe. La Providencia se ha mostrado propicia con él una vez más. Thielke simpatiza con la cultura intelectual, y su rudo pecho de soldado encierra un alma romanesca cuya aspiración á las cosas elevadas, no ha podido extinguir el prosaismo del servicio militar.

Tan pronto como las compañías rompen filas, el sargento conduce á sus reclutas á la cuadra que les había sido destinada: estos examinan con admiración el local desprovisto de muebles y de una sencillez primitiva, que les va á servir, por lo pronto, de hogar paterno: es una sala bastante grande, con dos ventanas: en uno de sus lados, y de dos en dos, hay alineadas doce camas.

En el lado opuesto se elevan doce armaritos alineados á cordel. Sobre la derecha, entrando en la sala, hay una gran estufa de hierro fundido, y sobre la izquierda una mesita con un gran cántaro de barro arenisco. Una mesa larga, rodeada de pequeños taburetes, ocupa el centro de la habitación.

Aquella es la cámara real, el alojamiento del soldado.

Pero no se les deja á los jóvenes soldados bastante tiempo para examinarla, porque reciben la orden de subir al almacén de uniformes de la compañía que está junto al tejado. El suboficial encargado del almacén, que es un sargento viejo, no recibe á los reclutas con exceso de amabilidad, y tose, al mirarlos, con ademán adusto y como si tratase, desde luego, de negarse á las peticiones no autorizadas por el reglamento. Con disgusto y refunfuñando, les arroja cierto número de uniformes.

La nariz de los conscriptos se prolonga cada vez más. Dan vueltas entre sus manos á las prendas de uniforme que reciben, pero ninguno de ellos se decide á ponérselas. Los semblantes de todos revelan, de un modo evidente, el disgusto y la desilusión. ¡Cómo! Es aquello el uniforme del soldado, el emblema del honor? El paño está raído y deja ver la trama de tal manera, que parece que va ha deshilacharse al tocarlo: añádesse á ello el gran número de remiendos echados por manos inexpertas.

—Y bien!—exclama el suboficial de almacén tan furioso como si le hubieran dirigido un insulto personal—me parece que no encontráis la 6.^a situación del uniforme bastante buena. Lástima que no haya situación 7.^a: aun sería demasiado buena para vosotros, reclutas estúpidos.

Los conscriptos se ven obligados á reprimir su última repugnancia. Cada uno se prueba la túnica que le han arrojado y mide el largo del pantalón con la longitud de sus brazos. En el extremo izquierdo de la escuadra un joven elegante, de corta estatura, de veintidos años, de tez

pálida, de talle esbelto y vestido á la última moda, guiña convulsivamente los ojos al verse metido en su túnica, desmesuradamente ancha, en la que muchas generaciones de reclutas han vertido ya ácidas gotas de sudor.

(Continuará)

SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

ESTUDIO HISTÓRICO-MILITAR SOBRE EL CONDE DE BARCELONA RAMÓN BERENGUER III EL GRANDE, por D. Joaquín de la Llave y Sierra, primer teniente de Ingenieros.—Trabajo que ha obtenido el premio del Excelentísimo Sr. D. Enrique Bargés y Pombo, Capitán General de Cataluña, en el Certamen celebrado por la *Juventud Conservadora de Barcelona* con motivo de la mayor edad de S. M. el Rey.—Barcelona, Tobella y Costa, impresores, 1903.—94 páginas y un índice, 4.º mayor, edición elegante.

Los lectores de la REVISTA CIENTÍFICO-MILITAR que me han visto apartarme del mencionado certamen en lo tocante al tema correspondiente al premio del Sr. General Bargés, con objeto de reservar mi libertad de acción para destruir con crítica implacable lo que llamaré la leyenda separatista de la grandeza de Ramón Berenguer III, quizá se figuren que voy á emplear el mismo género de crítica, al hacer la reseña bibliográfica de la obra del señor la Llave; y, en tal caso, he de manifestar que me juzgan erróneamente, porque, para apreciar el mérito de una obra, empiezo por hacer abstracción de mis opiniones personales, sin lo cual, no podría blasonar, como blasono, de la más estricta imparcialidad, en todos mis actos.

Quien pretenda saber los puntos en que mis opiniones concuerdan ó discuerdan, con las del señor la Llave, en el asunto histórico que á ambos nos ha ocupado, tómese la molestia de confrontar mis *Reflexiones* sobre el mismo asunto, publicadas en esta Revista, con la obra de aquel brillante oficial: por mi parte, me abstengo de hacer tal cotejo, que, en este momento, sería inoportuno.

Bajo otro aspecto, no me importa establecer la comparación; y voy á hacerla más adelante, porque el aforismo *todas las comparaciones son odiosas* no es cierto, sino cuando aquéllas están inspiradas en sentimientos mezquinos.

Lejos de hallarme predispuesto á hacer, en este caso, una crítica hostil, me hallo inclinado á la mayor benevolencia (sin faltar en lo más mínimo á la justicia), porque, en el señor la Llave, considero al compañero de armas, en el Ejército; y, de premio, en el Certamen; sin contar con que pertenece á un cuerpo sabio, al cual han pertenecido, ó pertenecen todavía, personas de mi mayor estimación, como mi tío político el venerable general Serrallach (q. e. p. d.); mis primos los Secos, padre é hijo; superiores á quienes he debido las más exquisitas atenciones, como el señor general Cerero; compañeros de colegio y amigos, como Barraca, Peralta y otros; autores favoritos, como Almirante, Marvá y muchos más. Y, por si esto no fuera bastante, el teniente la Llave hereda el saber, el talento y la profesión de un padre ventajosamente conocido como Ingeniero militar y como escritor técnico.

Examinando la obra en su plan y en su conjunto, hallamos á primera vista, el punto más discutible de ella, el cual consiste en cierta desproporción entre el total de la obra, y la parte verdaderamente destinada á relatar la historia del egregio Conde; pero, antes de criticar tal defecto, hemos de estudiar la situación de las personas que tuvieron por conveniente disputar el premio señalado á tan reducido tema.

Cuando este tema fué escogido, es indudable que se le concedió la suficiente importancia; y, entablar discusión sobre el asunto, era lesionar el amor propio, cuando no, las creencias y los sentimientos de la respetable sociedad que, celebrando el certamen, beneficiaba á los concurrentes.

Presentarse con un pliego de papel de cartas, que contuviese lo poquisimo que, realmente, se sabe de Ramón Berenguer III, no era posible para quien intentase el triunfo.

Se imponía pues, la necesidad de satisfacer dos condiciones: no discutir con demasiado empeño la figura histórica del Conde; y vestirla con amplio y artístico ropaje, colocándola sobre elevado pedestal, para suplir la pequeñez de sus dimensiones.

Para conseguir esta ampliación, no se me ocurre que pudiera haber más de cuatro medios: añadir nuevos detalles novelescos, lo cual no era tolerable; multiplicar comentarios, que en general, son inspidos y enfadosos; insertar copias de documentos, que aburren al lector; y, últimamente, el recurso adoptado, en mi concepto, acertadamente, por el Sr. la Llave, al presentar un hermoso cuadro histórico, de la época en que floreció; pero no dió fruto, el biografiado. Con este método, sin salirse, sino á medias, del tema, y dándole variedad y atractivo, el autor ha conseguido redactar su obra con un desarrollo de trabajo y un lujo de erudición, que lo hicieron digno del premio; y, es de advertir, que, habiendo sido de dos meses, próximamente, el plazo concedido para presentarse en el certamen, apenas se comprende que el Sr. la Llave tuviera tiempo para, sin tomar notas, ni abandonar el servicio de su empleo, escribir las trescientas y tantas cuartillas, que representan las noventa y tantas páginas que contiene la obra.

Es decir, que, de los datos, tiempo y volumen, se deducen los conocimientos históricos del autor, que no necesitó prolijas consultas para redactar su obra, sino que pudo escribirla á vuela-pluma, lo cual es de notar en un joven que ha terminado una carrera difícil, de índole muy distinta.

El orden de la obra es el siguiente: *Introducción. Capítulo I.—Estado social del mundo en los fines del siglo XI y comienzos del XII.—Régimen feudal. Poder político. Legislación. Justicia. Tributos. Cap. II.—Estado militar contemporáneo del Conde R. B. III.—Organización. Táctica. Reclutamiento. Armas. Fortificación. Poliorcética. Marina militar. Táctica y técnica navales. Armas y organización. Cap. III.—Cronología del mundo mediterráneo occidental en el tiempo de R. B. el Grande.—España árabe. Castilla. Aragón. Francia. Estados pontificios. Cap. IV.—Historia política externa del Conde R. B. III «el Grande».*

Si observamos que el vasto y múltiple asunto de los tres primeros capítulos se desarrolla en solas 56 páginas, comprenderemos, sin más examen, los prodigios de elegante sobriedad, que se observa en el estilo del autor. No quiere decir esto, que deje de notarse algún pequeño lunar, como la frase «se le pasase á un otro próximo» en lugar de—se le pasa-

se al domino de otro señor próximo—(pág. 12, lín. 29); pero es posible que tales lunares sean debidos á erratas de imprenta, que desde Madrid no pudieran corregirse.

En cambio se observan frecuentes aciertos, como el de no dejarse engañar por la vulgar creencia de que no existiera infantería, en la época de que se trata; y como el de establecer, sin notarlo quizá, una acertada clasificación didáctica, en la frase «un general, un sabio, un artista ó literato, un filósofo, etc.» (pág. 5) donde se agrupa la literatura con el arte, se distingue el filósofo, del sabio; (1) y la guerra especial manifestación de la actividad humana, no queda comprendida en el Arte, ni en la Ciencia.

Si, á pesar de ser tan concisa la reseña del escenario en que se movió Ramón Berenguer, todavía la figura de este conde resulta pequeñísima en el capítulo IV, no es culpa del autor, quien, de toda la leyenda histórica, ó historia legendaria de aquél, sólo ha suprimido la absurda parte referente al Juicio de Dios en que fué, según algunos, salvada la honra de la Emperatriz de Alemania. Todo lo demás ha sido admitido en la obra, sin más que alguna apariencia de discusión; pero el aspirante al premio, sometido al tema, salva su conciencia de historiador, ya citando á Lafuente, que opinó que cuadraría á este conde el título de *el Hijo del asesinado* (lo cual es negarle la supuesta grandeza), ya haciendo notar que no fué afortunado en todas sus empresas, ya reconociendo que las fuentes en que ha bebido el mismo autor no son tan puras y abundantes como él las deseaba.

Comparando la obra del Sr. la Llave con el pequeño opúsculo que, en el tomo anterior, de esta REVISTA, dediqué al mismo asunto, haré la siguiente observación: entregad una mariposa á un naturalista inteligente, joven y entusiasta; y él la clasificará; describirá la familia, el género y la especie, á los cuales pertenece, así como la región geográfica en que mora, y las plantas que le sirven de alimento; después, la colocará en un lindo ramo de flores, y la presentará á su amada; pero si la entregáis á otro naturalista viejo, miope, dudoso del saber propio y del ajeno, la examinará con desconfianza, la disechará sin piedad; y, entre sus dedos de hierro, la dará tantas vueltas, que las brillantes alas se reducirán á polvo, y el cuerpo se convertirá en masa informe inútil para nuevas observaciones.

Aquí, la historia del conde, fué mariposa; el autor de este artículo, naturalista viejo y desconfiado; y el Sr. la Llave, sabio y joven entusiasta, que con indiscutible justicia, ha recibido los favores de su amada, es decir, de la gloria del triunfo en el certamen.

En nombre de la REVISTA, y en el mío propio, me complazco en felicitarle; y puesto que se trata de persona que posee saber extenso y profundo, de brillante inteligencia, y á quien quedan muchos años de vida, le auguro más espléndidas victorias.

La actual ha sido completa, pues, además del premio que le adjudicó el Jurado, ha sido agraciado con la cruz de Alfonso XII, como comprendido en el Reglamento de esta orden de reciente creación.

G. M. SECO.

(1) La única Ciencia es la de la Naturaleza: lo demás se reduce á gallardías de imaginación y aciertos de procedimiento, porque esto y no más son la Metafísica, la Jurisprudencia, la política, etc.